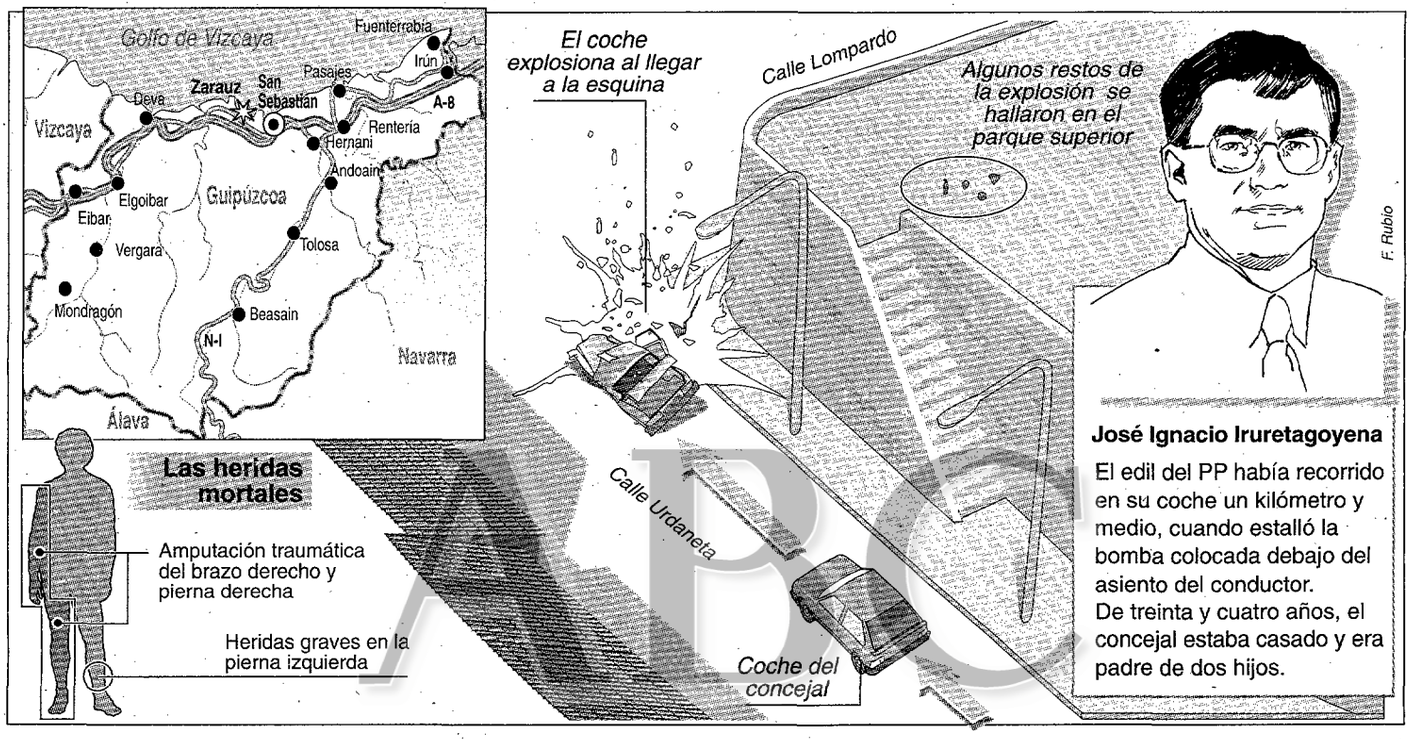
Zarauz enmudeció de dolor

El pueblo de José Ignacio Iruretagoyena, inerme e impotente, expresó con un impresionante silencio su repulsa por el último crimen de ETA

San Sebastián. **Álvaro Martínez**

No fue la rabia desbordada en Ermua en el mes de julio. Fue el silente y sincero alarido de dolor contenido el que reunió a millares de ciudadanos vascos en Zarauz para dar su último adiós a una nueva víctima del terror etarra. Ni gritos de «asesinos, asesinos», ni de «muerte a ETA». Tan solo hubo aplausos y calor, mucho calor, para acompañar a la familia de José Ignacio Iruretagoyena. Y sólo ésta rompió el silencio. Deshechas de dolor, la madre y la hermana del concejal no pudieron reprimir su rabia y llamaron a quienes acabaron la vida de su hijo y hermano con el eufemismo de asesinos, «cerdos y cabrones» cuando el cuerpo les pedía otros epítetos más gruesos y certeros.



Pasaban cinco minutos de las seis y media de la tarde, cuando el coche fúnebre con los restos mortales de José Ignacio Iruretagoyena se detenía sigiloso frente a la puerta del Ayuntamiento de Zarauz, donde aún cuelgan dos estrellas navideñas de adorno. Una única bandera a media asta, la encarnada del municipio sobre la que pende un gran crespón negro, fue testigo de la entrada del féretro. El sonido de ese instante, casi eterno, lo pusieron varios centenares de ciudadanos que se congregaban a esa hora en la plaza del Ayuntamiento y que estrellaron una contra otra las palmas de sus manos para rendir el último homenaje al concejal asesinado. Fueron las seis y media de la tarde más emocionantes que jamás haya tenido Zarauz.

A hombros de concejales y amigos, el cuerpo sin vida de Iruretagoyena atravesó por última vez el umbral del Consistorio, ante la triste mirada de los asistentes. Muchos, la mayoría, le conocían. Quizá el hartazgo que a estas alturas inunda a los vascos de la mayoría democrática evitó en esta ocasión los gritos enfurecidos de rabia que suelen señalar a los autores de estos asesinatos y a quienes les dan cobijo político. Zarauz contuvo el aliento que Ermua en julio no pudo contener. No hubo pues entre los ciudadanos el consabido «asesinos, asesinos». Quizá porque a estas alturas resulta inútil señalar con el dedo lo que parece una obviedad. «¿Para qué –comenta Idoya, vecina de Zarauz–, qué más podemos decir?». «Se están pasando una barbaridad». Comenta una vecina de fila. «Hace mucho que se están pasando», le replica otro de al lado.

Buena parte del Gobierno, encabezado en esos momentos por Rato y Mayor Oreja, arroparon la llegada del féretro del concejal. Todos fueron ovacionados, al igual que buena parte de los políticos vascos que se acercaron a la familia en ese atroz instante de la despedida del hijo, el hermano, el marido y el padre.

Diez minutos después, llegaba el presidente del Gobierno a Zarauz. Entre una fila de ertzainas, con todo el aparataje antidisturbios, José María Aznar, a quien acompañaba su esposa Ana Botella, accedió a la Casa Consistorial entre una salva de ovaciones y gritos aislados de «vivan los valientes».

Poco a poco, fue congregándose mayor número de almas, pero siempre sin romper ese silencio respetuoso hacia la tristísima escena.

Según fueron cerrándose los comercios y haciéndose realidad la vuelta de los trabajos, la plaza el Ayuntamiento fue pareciéndose a aquel Ermua de julio. Eso sí, sin gritos, sin esos estertores de rabia que hicieron famosa a la localidad de Miguel Ángel.

Dentro de esa norma, a las siete de la tarde cambió el panorama. Partió la manifestación de repulsa que recorrió todo el pueblo, encabezada por la familia del político asesinado. Cuajadas las aceras de la Villa, diez mil personas, de ciudadanos apesadumbrados, autoridades y ciudadanos de a pie emprendieron un recorrido de protesta silenciosa por la villa. Se preparaba Zarauz, donde comienza el poderoso Cantábrico, para una larga noche de vela. «Ojalá sea la última», comenta Rubén Echániz, con cierto escepticismo y resignación. «Aunque no creo mientras ande por allí esa gente».

Iruretagoyena: «Saber que defiendes las ideas de muchos vascos te ayuda a vencer el miedo»

San Sebastián. **J. P.**

«Quienes estamos en el PP del País Vasco tenemos fama de ser unos locos, pero lo que hace falta para trabajar en este partido es tener unas ideas claras y mucha ilusión». Esta reflexión la hacía este verano a ABC José Ignacio Iruretagoyena para explicar su decisión de representar al PP en Zarauz a pesar del asesinato de Gregorio Ordóñez, que fue quien le introdujo en el partido.

«Una de las obsesiones de Gregorio era que los simpatizantes que el PP tiene en muchos pueblos vascos pudieran tener a sus representantes en los ayuntamientos», dijo a este periódico.

El edil ayer asesinado reconocía también que en ocasiones tenía miedo. «Sin embargo, lo importante es vencerlo y en esto te ayuda el saber que defiendes las ideas de muchos vascos».

ABC (Madrid) - 10/01/1998, Página 19
Copyright (c) DIARIO ABC S.L, Madrid, 2009. Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los productos que se contrate de acuerdo con las condiciones existentes.